

EL ARIEL DE JOSE ENRIQUE RODO

Luis María Quintana Tejera.

José Enrique Rodó, ensayista y pensador uruguayo, nació en Montevideo en 1871 y murió en el año de 1917. Llegó a su mocedad intelectual en el momento en que la quiebra del idealismo romántico, que fuera el credo de la generación anterior, arrollado por el avance dominador de las doctrinas científicas, enseñadas desde el 90 en la Universidad, había dejado sin verdaderas fuerzas morales inspiradoras y sin orientaciones definidas a la juventud que aparecía en el inicio del siglo bajo el signo de un positivismo frío, vacío de razones.

Es el escritor uruguayo que ha logrado —en el primer cuarto del 900— la más alta consagración en Hispanoamérica. A su muerte, en discursos y editoriales de la prensa, el autor de *Ariel* fue proclamado el más alto valor intelectual del Continente y se le otorgó, por antonomasia, el título de “Maestro de la juventud de América”. En su época y fuera del país, el prestigio de su nombre sólo puede admitir parangón con el de Rubén Darío.

Su obra.

Había concebido Rodó hacia 1895, la publicación de una serie de ensayos de crítica literaria y filosófica, con el título común de *La Vida Nueva*. Sólo llegó a publicar tres opúsculos: *La Novela Nueva* (incluyendo un artículo titulado: “El que vendrá”), *Rubén Darío y Ariel*.

La Novela Nueva es comentario a las llamadas “Academias” del también escritor uruguayo Carlos Reyles. En verdad lo que da motivo al ensayo crítico de Rodó no son las novelas mismas de Reyles, sino el prólogo de la primera de ellas, “Primitivo”, editada en el 96 —prólogo en el cual Reyles, al expresar sus intenciones, se hace portavoz del modernismo estético.

Dos años después aparece su ensayo sobre Rubén Darío. En 1900 publica *Ariel* obra de la cual nos ocuparemos más extensamente en el presente trabajo.

En 1909 aparece *Motivos de Proteo*, denso libro fragmentario en que venía trabajando con intermitencias desde la aparición de *Ariel*; y en 1913 *El Mirador de Próspero*, compilación de todos sus trabajos de diversos géneros: históricos, críticos, didácticos, parla-

mentarios, periodísticos, escritos desde 1895 hasta la fecha de la edición, y algunos de los cuales ya se habían publicado en revistas nacionales y extranjeras.

Ariel.

Desde 1898 estaba Rodó, por su cátedra de Literatura, en relación directa con la juventud estudiosa, ejerciendo sobre ella, en los términos circunscriptos de aula, una función característica de su espíritu: el magisterio. Era por tendencia natural educador y quiso que su profesorado trascendiese desde el reino universitario a los confines de América.

Es así como nacerá *Ariel*. Es un discurso dirigido a la juventud del Continente para orientarla a su destino más noble. Esta ha de ser su obra capital, el libro destinado a alcanzar la mayor resonancia y significación en el ambiente intelectual de casi toda América Latina.

Ariel encarna un doble complementario movimiento histórico de la cultura de estos países latinoamericanos. Por un lado, inicia la reacción espiritual de la cultura, un *neohumanismo*, frente al positivismo científico de la época, reintegrándolo al culto de las idealidades clásicas, las de la derrocada tradición renacentista. Por otro lado se levanta frente al influjo avasallador del progreso y del poderío norteamericano; ante sus triunfales normas de positivismo práctico, Rodó impondrá el concepto de la superioridad de una cultura de índole intelectual y estética, de acuerdo con aquellas tradicionales normas del humanismo grecolatino.

Grave crisis histórica experimenta la conciencia de los países latinoamericanos al entrar en el nuevo siglo. El ejemplo de los Estados Unidos del Norte, dinámicos y poderosos, oprime el ánimo de los pensadores y estadistas del continente sur, llenándolos de desconcierto y desaliento con respecto a sus propias capacidades. El contraste entre el enorme desarrollo del Norte y el enorme atraso del Sur, es demasiado grave y terrible. Civilizarse es sinónimo de norteamericanizarse; y tanto más, que, no sólo aquí, sino en la misma Europa, se proclama la superioridad de la cultura anglosajona sobre la latina y muchas voces convocan a las grandes maestras de la la-

tinidad —a España, a Italia, a Francia— a adoptar esas mismas normas positivas, a anglosajonizarse.

Es frente a tal despresivo estado de ánimo que aparece **Ariel**, afirmando los valores tradicionales del humanismo renacentista, en oposición a la imperiosa soberanía del utilitarismo anglosajón.

El "arielismo" que el libro de Rodó suscita en toda América, no determina precisamente un movimiento de mayor aproximación intelectual a lo español, sino un incremento del influjo cultural francés. El **Arielismo** como el Modernismo, su caso contemporáneo, tiene por metrópoli espiritual a París.

Entre las lecturas que han influido predominantemente sobre Rodó, lo más cierto es tomar como testimonio de prueba los propios autores más citados en su obra. En **Ariel** predominan los de Guyau, Emerson, Taine y por supuesto, Comte, Spencer, Stuart Mill, entre los más próximos. Los de Platón, Marco Aurelio, Montaigne, Goethe, y otros, entre los clásicos, son los que se encuentran en primer término.

La formación intelectual de base positivista, que corresponde a su generación, a su tiempo, aparece así contrapesada —equilibrada— por los influjos del idealismo tradicional. Pero su maestro predilecto —y precisamente aquél en quien como en él, tienden a equilibrarse armoniosamente esos elementos— es **Renán**, cuyo influjo normativo sobre su mentalidad es evidente.

Lo que Rodó trae a América es en esencia el espíritu laico y ecléctico de Renán, cuyo culto severo de la ciencia no es incompatible con la gracia estética del helenismo, ni con el sentimiento y la poesía (ya que no con la fe y el dogma, que niega) del ideal cristiano. **Ariel** viene así, a poner una sonrisa espiritual en el rostro escueto del positivismo spenceriano de la hora, y a coronar con las rosas paganas del banquete la frente descarnada de la verdad científica.

Todo induce a creer que es la lectura del **Calibán**, drama filosófico—político del escritor francés, lo que sugiere a Rodó el empleo de los símbolos de **La tempestad** Shakespeariana. En Renán, el viejo mago Próspero, representación de la sabiduría, es vencido y suplantado por Calibán, encarnación de la grosera sensualidad instintiva, en quien también se simboliza a la masa ignoran-

te y ruda, queriendo así representar el triunfo de la democracia igualitaria y materialista sobre aquel gobierno aristocrático de los sabios, en que él soñaba igenuamente. **Ariel** parece querer ser, en gran parte, una respuesta —y una solución— a los problemas planteados en **Calibán** con respecto a tal conflicto entre la democracia y la cultura, tal como se presenta en ese tiempo.

Esa formación mental determina el tipo y el estilo de Rodó que transmite a toda una generación latinoamericana. Aunque la base de su mentalidad está en el positivismo —en Comte, en Spencer, en Taine, como él reconoce— presenta, sin embargo, y más acusado aún que en el propio Renán, el rasgo que define y distingue su estilo intelectual y constituye la gran novedad en la evolución de la ensayística del continente: esto es, la actitud estética ante la vida. La ensayística ha sido, hasta entonces, casi puramente ética y sociológica; la filosofía política predomina sobre todos los otros problemas y valores que no excluyen pero se ordenan en torno a su primacía. Rodó inaugura el primado de la **estética**. No él mismo lo reconoce— presenta, sin embargo, y más acusado aún que el propio Renán, el rasgo que define y distingue su estilo intelectual y constituye la gran novedad en la evolución de la ensayística del continente: esto es, la actitud estética ante la vida. La ensayística ha sido, hasta entonces, casi puramente ética y sociológica; la filosofía política predomina sobre los otros problemas y valores que no excluyen pero se ordenan en torno a su primacía. Rodó inaugura el primado de la **estética**. No es él precisamente lo que en su época se llama un esteta, de especie tan difundida entre la intelectualidad europea (Baudelaire es un ejemplo); como esta especie prescinde del bien y de la verdad, integrantes de la triada platónica, para quedarse con lo bello, puro, como medida única de valores universal, de lo que resulta necesariamente un producto mental algo monstruoso, no puede Rodó pertenecer a ella; se lo impide su norma ma de equilibrio, su dialéctica platónica precisamente. El profesa el culto de la triada clásica en su integridad. **Ariel** sigue la tradición socrático-platónica a través de Renán. Crece en la virtud racional como fin de la verdadera sabiduría, pero cree también en la virtud eurítmica de lo apolíneo. En su Triada, la belleza ocupa el centro,

teniendo a ambos lados a la verdad y al bien, enlazadas en armoniosa figura estatutaria.

La estructura de *Ariel* tiene como punto de partida la alocución que el maestro Próspero dirige a sus alumnos al terminar el curso anual. La obra se compone de tres partes bien diferenciadas en su unidad.

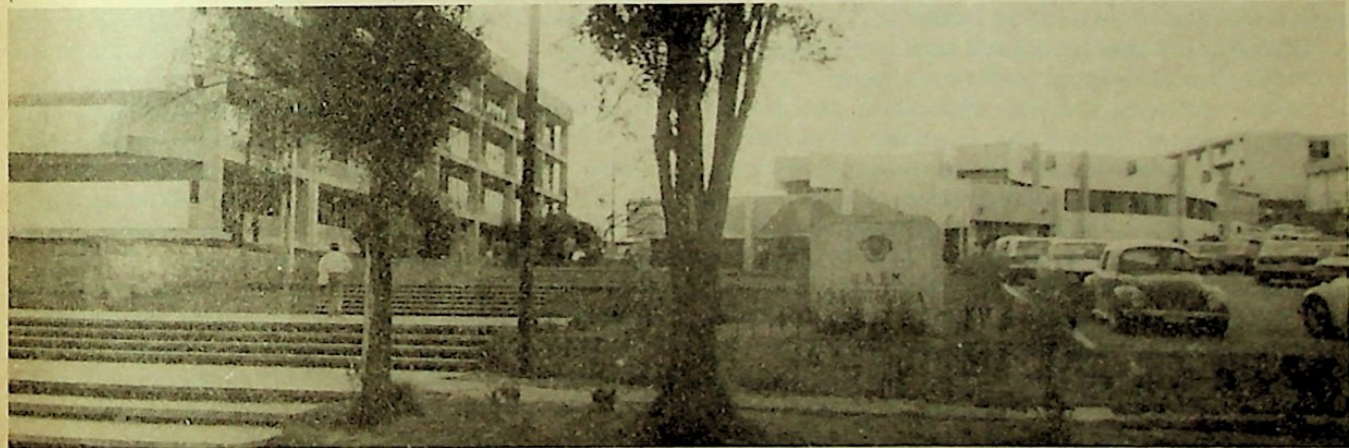
En la **primera** se exalta la personalidad integral del hombre, "profesión universal" contra la especialización profesional absorbente, como condición de alto cultivo del espíritu por encima de la sola actividad práctica.

En la **segunda**, nos encontramos con una prolongación complementaria de la primera; aquí se entabla la defensa de las minorías selectas y las jerarquías intelectuales contra las tendencias niveladoras y mediocráticas de la democracia moderna (procurando, como se sabe, la conciliación de ambos valores); pero ambas partes doctrinales convergen hacia su piedra de toque, su concreción formal, que se halla en la **tercera**, donde se formula la crítica más vigorosa que se haya hecho a los Estados Unidos y cuya vigencia posterior atestiguan —en general— los mejores ensayistas y novelistas que en este siglo ha producido aquella potencia. Los nombres de Waldo Frank y Sinclair Lewis, entre otros, suscriben el aserto. Sus auto-críticas son mucho más severas que la de *Ariel*.

La característica fundamental y típica de la mentalidad de Rodó en *Ariel* y en sus libros posteriores, lo que puede ser la clave de su filosofía, es la constante norma

de conciliación y equilibrio entre las antinomias, actitud y criterio de los que resulta su libre posición crítica al margen de todo doctrinarismo exclusivo, de todo sistema hermético, cierta forma de eclecticismo o de síntesis, que le permite conjugar armónicamente los elementos dispares y resolver teóricamente los conflictos. Así, concilia helenismo y cristianismo, positivismo e idealismo, tradicionalismo y renovación, progreso técnico y cultura humanística, igualdad democrática y aristocracia espiritual, europeísmo y americanismo, agnosticismo y religiosidad. Esta forma de conciliación dialéctica, aplicable y aplicada a todos los conflictos de la filosofía y de la vida, es lo más formal y característico del "arielismo" ya que esa prédica de los valores espirituales de la cultura —que es lo que aparece en primer término como su característica preponderante y la determinante de su éxito histórico— es también el resultado de ese eclecticismo de su norma dialéctica, puesto que no lo propone en lugar de lo otro, su contrario, el utilitarismo pragmático, el culto del progreso técnico, sino como su prioridad, que ha de equilibrarse con aquello —cuya necesidad reconoce—, y cuyos males —males de su exclusividad— aspira a corregir. No es esto contra aquello, sino aquello y esto, armónicamente equilibrados en una síntesis superior.

Todo *Ariel* es un constante juego dialéctico de conciliación y síntesis de antinomias. Y con *Ariel* to-



da la obra entera de Rodó —anterior y posterior al libro que le da fama— se rige por esa norma criteriológica, abarcando el campo entero de nuestra conciencia intelectual y afirmando un orden de conceptos y de valores que podría decirse sistemático, empleando la palabra un poco paradójicamente.

El episodio polémico ocurrido en 1906, el más resonante de su vida pública, contenido y perpetuado en el folleto **Liberalismo y Jacobinismo**, da como una demostración práctica de ese criterio, en cuanto norma de convivencia humana y orden de la cultura. Racionalista, agnóstico, ajeno (pero no enemigo) a toda religión positiva, y opuesto (eso sí) a todo predominio eclesiástico en la vida de la sociedades que pueda impedir el libre y múltiple desarrollo del pensamiento y de la cultura, define, sin embargo, la permanencia en las salas de los hospitales públicos de los crucifijos, símbolos de la caridad en cuanto virtud cristiana, frente a polemistas radicales de esa tendencia. Su liberalismo se concilia con el respeto de la religión y con el culto de aquellos símbolos cuyo sentido traspasa las fronteras estrechas del dogma.

Su propio positivismo, su culto de la verdad científica, se concilia asimismo con el propio sentimiento religioso, al que asigna una alta función en la idealidad de la conciencia; siempre, claro está, que él se manifieste libremente, fuera de toda forma dogmática. De su concepto acerca del sentimiento religioso, compatible con el radicalismo científico, da exacta medida su apreciación sobre la religiosidad de Renán, a quien atribuye en **Liberalismo y Jacobinismo** la más cabal posición de la conciencia libre frente al problema religioso.

Pero, he aquí que este principio de conciliación dialéctica llega a ser tan imperativamente normativo en Rodó, que lo conduce hasta enfrentarse con el propio Renán y a dirigirle severos reproches. Ello ocurre en **Ariel** al tratarse el problema de la subsistencia y prevalencia de los valores jerárquicos del espíritu en el seno del igualitarismo democrático. Se escandaliza Rodó ante la arbitrariedad de aquel predicado político de Renán, que postula como ideal republicano de gobierno el despostismo de una oligarquía de sabios, censurándole amargamente su desdén o su olvido de la libertad, como base del orden humano. Se conduce de los ataques de

aquel gran aristócrata espiritual a la igualdad democrática, que llama "estas paradojas injustas del Maestro", declarando que es insensato pensar como Renán en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonable jerarquía, por la destrucción de la igualdad democrática, en fin, sólo cabe pensar en la educación de la democracia y su reforma. De tal manera que siendo el deber del Estado dar a todos idénticas posibilidades, más allá de esta igualdad inicial toda desigualdad estará justificada porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad.

Hacia 1910, en el prólogo a la segunda edición de "Idola Fori", del colombiano Arturo Torres, su discípulo, Rodó propone la conciliación del positivismo con las nuevas corrientes filosóficas del siglo, con el renacimiento de la metafísica espiritualista en Francia, cuyas primeras oleadas llegan recién a estas playas de América. Y escribe allí una de sus más significativas y hermosas frases: "El positivismo que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona".

Ya antes del 900, desde su juventud, planteaba de modo semejante el problema. En el ensayo crítico sobre Darío declara pertenecer con toda su alma a ese gran movimiento intelectual de fines de siglo, que partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundados, a disolverse en concepciones más altas.

Es también en ese prólogo donde insiste, más concretamente, en otra forma de conciliación: la del escepticismo y la del fanatismo; es decir el equilibrio racional entre la fuerza de pasión y acción que da el uno, y la fría, lúcida, tolerante prudencia que da el otro; y tan lejos de la indiferencia como la obcecación.

Resumiendo y para terminar, la prosa de Rodó se sostiene en ese difícil punto de equilibrio que armoniza la elaboración cuidadosa con la justa elegancia del giro y la perfección escultórica con el movimiento de la vida. Es en **Ariel**, sin duda, donde ese equilibrio se realiza más plenamente sosteniéndose en todas sus páginas.